Stephen King
El Aviador Nocturno



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Dees no empezó a interesarse en el asunto, a pesar de su permiso de piloto privado, hasta el tercer y cuarto asesinatos. Entonces husmeó la sangre.

-No intento hacer un juego de palabras -le dijo al director de *Inside Víew,* que se limitó a mirarle inexpresivamente-.

¿Todavía no han caído en la cuenta los de la prensa seria? Me refiero a la semejanza.

El director, Morrison, montó en cólera. Siempre montaba en cólera cuando Dees usaba esa frase, uno de los motivos por los cuales la repetía tan a menudo. Bueno, si Morrison quería engañarse creyendo que un semanario de tres al cuarto especializado en titulares COMO MIS GEMELOS SON EXTRATERRESTRES, MUJER VIOLADA LLORA y MUJER MALTRATADA SE COME A SU MARIDO formaba parte de la prensa seria, allá él. Dees había visto llegar y marcharse a muchos directores. Había trabajado para *Inside View* el tiempo suficiente para saber exactamente lo que era: un comecocos que obesas *hausfraus* ***1*** compraban en el mostrador de la caja y devoraban frente a lacrimógenos seriales junto con su helado favorito.

Sin embargo, a lo largo de sus catorce años en *View,* Dees había olfateado de vez en cuando la sangre; sangre auténtica, no la basura habitual.

Después de los dos asesinatos cometidos en Maryland por el hombre al que había bautizado mentalmente como el Aviador Nocturno, pensó que captaba de nuevo ese olor inconfundible.

-Si te refieres a que alguien haya insinuado que se trata de crímenes relacionados entre sí, la contestación es «no» -respondió con sequedad Morrison.

«Pero no tardarán en hacerlo», pensó Dees. -Pero no tardarán en hacerlo -dijo Morrison-. Si hay otro... -Dame los recortes -pidió Dees.

Los leyó, esta vez con suma atención, y lo que leyó le dejó atónito.

«Nunca había visto esto», pensó, y luego: *«¿Por qué* no lo he visto nunca?» Pensó que Morrison era tonto de remate. Además, sabía que Morrison intuía lo que pensaba. A Dees no le había importado hasta hoy. Después de catorce años en la empresa era el miembro más antiguo, el mayor cerdo de la pocilga, por decirlo de alguna manera, habiéndole ofrecido dos veces el puesto de director, con sendas negativas por su parte. Morrison era el noveno director bajo cuyas órdenes servía (y uno de ellos, la deliciosa aunque inepta Melanie Briggs, estuvo bajo las suyas... de una forma mucho más informal, por supuesto).

Pero si Morrison era tonto de remate, ¿cómo había podido ser el primero en descubrir la pista del Aviador Nocturno?

Por un momento -sólo por un momento-, en su mente aleteó la idea de que estaba quemado, algo muy común en la profesión, como bien sabía. Podías pasarte un montón de años escribiendo sobre platillos volantes que se llevaban pueblos brasileños enteros (relatos ilustrados, muy a menudo, con bombillas desenfocadas que pendían al extremo de un hilo contra un fondo de fieltro negro) o papás en el paro que hacían picadillo a sus retoños como quien corta leña para el fuego. Te rebajabas a producir montones de basura con la máquina de escribir. Ganabas mucho dinero, pero la basura no deja de ser basura, y un día te despertabas, según le habían contado, y decidías que ya era hora de buscar otro trabajo.

Había oído la historia muchas veces, pero nunca hubiera pensado que le sucedería a él.

«Y no es así», insistió su mente, pero se sentía inquieto.

Rediós, ¿cómo podía habérsele pasado a él por alto?

Una semana más tarde voló a Wilmington (Carolina del Norte)... Pura corazonada. Bueno..., instinto, por decir algo. El instinto del criminal.

Era verano, y en el Sur la vida discurría plácidamente y el algodón crecía alto -eso

decía la canción, al menos-, pero Dees tenía grandes dificultades para llegar al pequeño aeropuerto de Wilmington, utilizado sólo por una compañía importante, la Piedmont, algunas líneas locales y muchos aviones privados. En la zona había fuertes tormentas, y Dees se hallaba a ciento cuarenta kilómetros del aeropuerto; daba tumbos en el aire inestable, miraba el reloj y maldecía. Eran las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde, la hora para la que había obtenido permiso de aterrizaje y faltaban menos de cuarenta minutos para la puesta de sol oficial. Ignoraba si el Aviador Nocturno cumplía las normas tradicionales, pero el olor a sangre era más intenso que nunca.

Había encontrado el lugar y el Cessna Skymaster exactos.

Lo sabía.

El aviador Nocturno podía haber elegido Virginia Beach, o Charlotte, o Birmingham, o incluso algún lugar más al sur, pero los dos últimos asesinatos se produjeron en el fangoso aeropuerto de Maryland, y Dees había llamado a todos los aeropuertos situados al sur de Wilmington que parecían accesibles al Aviador. Había telefoneado desde el aparato Touch Tone de su habitación en el motel Days Inn hasta que se le cansó el dedo.

Ni un avión privado había aterrizado la noche anterior en ninguno de los aeropuertos más a propósito, y el Cessna Skymaster 337 tampoco. Nada sorprendente, teniendo en cuenta que eran los Toyotas de la aviación privada. Pero el Cessna 337 que había tomado tierra anoche en Wilmington era el que andaba buscando. Ignoraba cómo lo sabía

pero el hecho es que *lo sabía.* Un detalle importante para apuntalar la historia (y cada vez estaba más convencido de que *había* una historia, tal vez lo bastante grande como para que la primicia del *National Enquirer* sobre el asunto Belushi-Smith perdiera todo interés), y quizá también para saber algo que necesitaba saber: no estaba quemado. Un lapso, tal vez, pero eso era todo. Aún seguía en forma.

De momento.

-N47IB, aterrice en la pista 34 -dijo lacónicamente la voz *de* la radio-. Rumbo 160. Descienda y manténgase a 3 000.

-Rumbo 160. Bajando de 6 a 3 000. Mensaje recibido.

-Y vaya con mucho cuidado, hace un tiempo de perros.

-Recibido -dijo Dees, pensando si el Labriego john del barril de cerveza al que llamaban torre de control del tráfico aéreo de Wilmington le estaba tomando el pelo.

Sabía que en la zona hacía un tiempo de perros; veía con toda claridad las masas de cúmulos y los rayos que, como gigantescos fuegos artificiales, descargaban en su interior. Había pasado los últimos cuarenta minutos volando en círculos, y tenía la sensación de estar sobre un pogo saltarín y no a bordo de un Beechcraft de dos motores. Prolongar la situación ocho o doce minutos más hubiera ocasionado una merma considerable de sus reservas de combustible, y se habría visto obligado a desviarse hacia Charleston. Las auténticas historias de terror escaseaban, pero como había dicho, o debiera haber dicho un gran sabio, ninguna historia, ni siquiera tan extraordinaria como la del Aviador Nocturno, merecía la pena de morir por ella.

Desconectó el piloto automático, que le había hecho dar vueltas una y otra vez sobre el mismo estúpido pedazo de terreno, apenas entrevisto, de Carolina del Norte. Allí abajo no había algodón, ni alto ni de ningún otro tipo, sino un puñado de campos de tabaco inservibles invadidos de kudzú. Dees se alegró de dirigir el morro de su avión hacia Wilmington y siguió al pie de la letra las instrucciones para aterrizar, supervisadas por el piloto, el Control del Tráfico Aéreo y la torre.

Cogió el micrófono y pensó en darle un susto al Labriego john, preguntándole si había advertido la presencia de algún cadáver de uno u otro sexo vaciado de sangre, pero, luego lo volvió a poner en su sitio. Todavía faltaba media hora para el ocaso. Había comprobado la hora oficial de Wilmington en camino desde el Aeropuerto Nacional de Washington. No, si nadie había muerto allí la noche anterior podían considerarse a salvo.... por el momento.

Dees creía que el Aviador Nocturno era un auténtico vampiro tanto como creía de pequeño en que *el Ratoncito Pérez* le había dejado las monedas de veinticinco centavos debajo de la almohada, pero si el tipo *pensaba* que era un vampiro -y Dees estaba convencido de que así era- quizá sería suficiente para que se ajustara a las reglas.

La vida, en fin de cuentas, imita al arte.

El conde Drácula con permiso de un piloto privado.

«Hay que admitir que queda fino», pensó Dees. El Beech experimentó fuertes sacudidas
cuando atravesó una espesa capa de cúmulos en su firme descenso. Dees blasfemó y estabilizó el avión, al que cada vez parecía entristecer más el tiempo.

«Estamos juntos en esto, chico», pensó Dees. Cuando salió de las nubes distinguió clara-
mente las luces de Wilmington y de Wrightsville Beach.

«Sí, señor, a las gordas les va a gustar ésta -pensó mientras los truenos retumbaban en el lado de la puerta-. Compraran tropecientos millones de copias de esta criatura cuando vayan a Kroger s.»

Pero eso no era todo, y él lo sabía.

Ésta podía ser.... bueno..., cojonudamente buena.

Ésta podía ser *auténtica.*

«Hubo un tiempo en que una palabra semejante no habría cruzado por tu mente, colega -pensó-. A lo mejor te *estás* quemando.»

REPORTERO DEL «INSIDE VIEW» CAPTURA AL AVIA. DOR NOCTURNO MANIACO.

REPORTAJE EXCLUSIVO SOBRE LA DETENCION DEL AVIADOR NOCTURNO BEBEDOR DE SANGRE.

«NECESITABA HACERLO», DECLARA EL IMPLACABLE DRÁCULA.

«No es exactamente ópera», hubo de admitir Dees, pero sonaba igual de bien. Pensó que sonaba como un himno celestial.

Tomó de nuevo el micrófono y oprimió el botón. Sabía que el Aviador continuaba allí, como sabía que no se sentiría a gusto hasta asegurarse sin duda alguna.

-Wilmington, aquí N471B. ¿Sigue en la rampa un Skymaster 337 de Duffrey, Maryland?

-Eso parece, amigo. Ahora no puedo hablar, hay tráfico aéreo -se oyó a través de la estática.

-¿Tiene las toberas pintadas de rojo? -insistió Dees.

Por un momento pensó que no obtendría respuesta.

-Sí, toberas rojas. Corte el rollo, N47,1B, si no quiere que le meta una multa la Comisión Federal de Comunicaciones. Hay demasiados peces para freír esta noche, y no tengo bastantes sartenes.

--Gracias, Wilmington -dijo Dees en el tono de voz más amable que pudo. Colgó el micrófono y le hizo un gesto obsceno con el dedo, pero sonreía entre dientes, sin apenas reparar en las sacudidas que experimentaba el avión al atravesar otra capa. de nubes. Un Skymaster pintado de rojo, y apostaría el sueldo del año que viene a que si el tonto de la torre no hubiera estado tan ocupado le habría confirmado el número de matrícula: NIOIBL.

Cristo, había encontrado al Aviador Nocturno. Le había encontrado, aún no estaba oscuro del todo y, por imposible que pareciera, la policía no había hecho acto de presencia. De todos modos, aunque los polís estuvieran en el aeropuerto para investigar el Cessna, seguro que el Labriego john habría hablado de lo mismo: tráfico aéreo y mal tiempo, como si no hubiera cosas mejores que comentar.

«Quiero tu foto, hijoputa -pensó- Dees. Ya podía ver las luces de aproximación, destellos blancos en la oscuridad-. En su momento escribiré tu historia, pero antes que

nada la foto.»

Sólo una.

Inclinó más el avión, ignorando las señales. Tenía el rostro pálido y rígido, y los labios levemente entreabiertos revelaban sus dientes blancos, pequeños y brillantes.

A la luz combinada del ocaso y del cuadro de instrumentos, Richard Dees recordaba bastante a un vampiro.

Inside View carecía de muchas cosas (sutileza, por ejemplo, o excesivo interés por los matices de las historias sobre las que informaba), pero poseía una virtud innegable: un sensacional olfato para los horrores. Merton Morrison era un pedazo de idiota (aunque no tanto como Dees había supuesto en un principio), pero Dees tenía que darle algo... Recordaba las dos cosas que habían catapultado al éxito *a Inside View.* En primer lugar, charcos de sangre. En segundo, puñados de tripas.

Bien, aún había fotos de niñas monas, predicciones psíquicas y dietas de las que surten efecto sin que el interesado deba abstenerse de nada, excepto de lo que a él o a ella (a ella, por lo general) no le gusta, pero Morrison había comprendido el cambio de actitudes de la época cuando tomó las riendas. Dees suponía que por eso había durado tanto en su puesto (y, quizá también por lo mismo, estaba un poco celoso del director, con su pelo cortado a cepillo, sus delicados pececillos y su boquilla). Los hijos de las flores del sesenta y ocho se habían convertido en los caníbales del ochenta y ocho. El signo de la paz había seguido el mismo camino de la chaqueta estilo Nehru y el peinado de los Beatles. Los héroes del país eran Rambo y Bernhard Goetz, el justiciero del metro. La tirada de *Inside View,* que, había bajado en picado a finales de los setenta y aún más a principios de los ochenta, comenzó a remontarse de nuevo bajo la doble administración de aquel par de idiotas, Ronald Reagan y Merton Morrison.

Dees no dudaba que todavía existía un público para *Todas las cosas brillantes y hermosas,* pero el de *Toda la basura repugnante y sanguinolenta* había aumentado considerablemente. Los partidarios de la primera contaban con james Herriot; los de la segunda, con Stephen King e *Inside View.*

La diferencia, según Dees, es que King inventaba *su* material.

Los corresponsales recibieron el mensaje seis meses después de que el nombre de Morrison colgara de la puerta del director: «De todos modos, paraos a oler las rosas cuando vayáis a trabajar, pero, en cuanto lleguéis, abrid bien las ventanas de la nariz y husmead la sangre».

Y, en lo referente a sangre, ningún olfato como el de Richard Dees.

Por eso era Dees, y ningún otro *excepto Dees,* el que volaba esta noche hacia Wilmington, mientras Gloria Swett se dirigía a Nashville en busca de lo que parecía el gran reportaje.... con las bendiciones de Dees. Puesto que la cantante de country & western enferma de SIDA no era nada comparado con esto.

Instinto.

Instinto transformado en conocimiento: el conocimiento de que existía un monstruo humano que, en apariencia, pensaba que era un vampiro, un monstruo cuyo nombre Dees ya conocía, pero que no había mencionado a nadie más que a Morrison. Un nombre que empezaría a sonar muy pronto. Y, en ese momento, estaría impreso en los tablones de anuncios de todos los mostradores de las cajas de todos los supermercados de Estados Unidos.... aterrorizando a todos los clientes en grandes caracteres.

«Atención, señoras y buscadores de sensaciones -pensó Dees-, ustedes no lo saben, pero un hombre muy malo (quizá una mujer, pero casi seguro un hombre) les va a salir al encuentro. Leerán su nombre auténtico y lo olvidarán, pero carece de importancia, porque recordarán el nombre que yo le di, el nombre que le colocará a la misma altura de Jack el Destripador, el Descuartizador de Cleveland y la Dalia Negra.»

EL AVIADOR NOCTURNO: PRONTO EN EL MOSIRADOR DE LA CAJA MÁS CERCANA.

Muy pronto.

«La historia en exclusiva, la entrevista en exclusiva.... pero lo que más deseo es su *foto*

en exclusiva.»

Consultó otra vez su reloj y se permitió una fracción infinitesimal de reposo (lo máximo que Richard Dees se podía relajar; era uno de esos hombres que sólo cuentan con dos velocidades, cero y sobre acelerada). Aún quedaba casi media hora para que oscureciera por completo. Aterrizaría junto al Skymaster blanco con toberas rojas (y la inscripción NIOIBL pintada en rojo en la cola) en menos de quince minutos.

¿Dormiría el Aviador en la ciudad o en algún motel de las afueras?

Dees no opinaba así, puesto que los cuatro asesinatos habían sido cometidos en los propios aeropuertos.

Una de las razones de la popularidad del Skymaster, además de su precio relativamente bajo, residía en que era el único avión de su tamaño que albergaba una bodega, no mucho mayor que el maletero de un escarabajo Volkswagen, pero con capacidad suficiente para tres maletas grandes o cinco pequeñas... e incluso para un hombre dormido o acuclillado, siempre que no igualara las dimensiones de un jugador profesional de baloncesto. El Aviador Nocturno podía esconderse en la bodega del Cessna con la condición de que: a) durmiera en posición fetal con las rodillas apoyadas en la barbilla, b) estuviera lo bastante chiflado para pensar que era un vampiro de verdad, o c) ambas a la vez.

Dees apostaba por la tercera posibilidad. *-¿Que si encontré algo donde el avión había estado aparcado? ,* preguntó el no demasiado sobrio mecánico del pequeño aeropuerto de Maine, repitiendo una de las inspiradas e instintivas preguntas de Dees. Se lo volvió a pensar. Dees no le presionó. Sabía cuándo presionar y cuándo esperar. De nuevo el instinto.

El mecánico resultó ser un viejo chiflado que llevaba un mono tan manchado que apenas se podía leer el nombre Ezra cosido con hilo dorado sobre la tetilla derecha. El mono, bajo la capa negra de aceite, era de color azul. La gorra ladeada sobre la cabeza era naranja fluorescente, adornada con unas huellas dactilares aceitosas tan claras que hubieran admirado a un poli de Nueva York. Se acariciaba una barbilla que desde hacía tres o cuatro días no entraba en contacto con una hoja de afeitar. Tenía los ojos inyectados en sangre. El único olor más fuerte que el de aceite o sudor que uno percibía al acercarse era intenso e hiriente. El viejo se habría revolcado en un campo de enebros o trasegado enormes cantidades de ginebra. Con todo, Dees se alegró de que su avión no precisara ningún servicio ese día.

Aguardó con las manos hundidas en los bolsillos de sus caros pantalones.

-Es curioso que me lo pregunte, porque sí que encontré algo.

Arrastraba las palabras al hablar.

- Un gran montón de mierda.

Miró a Dees, que había formulado la anterior pregunta:

-¿De veras?

- Oh, y tanto. Le pegué una patada con la bota. Una pausa.

-Algo asqueroso.

Otra pausa.

- Esa jodida mierda estaba llena de gusanos.

Una tercera pausa.

-Y de bichos similares -terminó el mecánico

Ahora que el altímetro estaba bajando de cuatro a tres mil pies de altura, Dees pensó: «No te alojas en hoteles ni moteles, amigo, ¿verdad? Cuando juegas a ser vampiro eres como Frank Sinatra..., lo haces a tu manera. ¿Sabes lo que creo? Creo que cuando se abra la bodega de ese avión, lo primero que veré será un montón de tierra de cementerio (y aunque no sea así puedes apostarte los incisivos superiores a que el reportaje empezará *de esta forma)* y luego una pierna embutida en unos pantalones de esmoquin, y luego la otra, porque estarás vestido, ¿no? Oh, querido, creo que irás vestido como en la década de mil ochocientas noventa, vestido *para*

matar, si me apuras, y ya tengo el carrete metido en la cámara, y cuando vea esa capa ... ».

Ahí se interrumpieron sus pensamientos; ahí se cortaron tan limpiamente como una rama partida.

Porque fue en ese momento cuando las luces blancas parpadeantes de ambos lados de la pista de aterrizaje se apagaron.

El mecánico aficionado a la ginebra era un empleado del aeropuerto del condado de Cumberland, un nombre más bien pomposo para un diminuto aeropuerto que consistía en dos cobertizos prefabricados y dos pistas que se entrecruzaban. Como una de las pistas estaba alquitranada, y Dees nunca había tomado tierra en una de polvo, eligió la primera. El modo en el que su Beech 55 (gracias al cual estaba empeñado hasta las cejas y un poco más) rebotó cuando aterrizó le convenció de probar la otra para despegar. La encontró tan suave como el pecho de una colegiala.

Ah, el aeropuerto también contaba con un indicador de vientos, lleno de parches como los calzoncillos de papá, pero allí estaba. «La tecnología llega al quinto infierno - pensó Dees-. Que nunca cesen los milagros.»

El Condado de Cumberland era el más poblado de Maine, pero la ciudad que le daba nombre era la apoteosis de Cutrelandia. Se hallaba entre una localidad aún más pequeña (y casi abandonada), bautizada con el improbable nombre de Jerusalem's Lot, ***2*** y otra más grande y rica llamada Falmouth. Una visita a la comisaría de policía de Falmouth para recabar más pormenores del caso convenció a Dees de dos cosas: la primera, que los polis de Falmouth no se consideraban unos patanes. La segunda, que, en realidad, lo eran.

El campo de aterrizaje de Cumberland existía gracias a las tarifas que pagaban los acaudalados veraneantes, que lo consideraban de más rápido y fácil acceso que el de Portland, cada año más congestionado de tráfico aéreo. Falmouth, fuera o no una ciudad de paletos, tenía una buena playa... y una gran panorámica del golfo.

Además, las tarifas de aterrizaje en el aeropuerto del condado de Cumberiand apenas alcanzaban el veinticinco por ciento de las de Portiand.

Dees llegó en pleno verano, cuando el lugar estaba en su apogeo.... lo que significaba que había pasado del sopor invernal a un sueño ligero. O sea que el aeropuerto, en lo más álgido de la temporada, había contratado la deslumbrante cifra de cuatro empleados: dos mecánicos y dos controladores de tierra (los controladores de tierra también vendían chips, cigarrillos y gaseosas y, en palabras del aficionado a la ginebra, el controlador de noche asesinado, Claire Bowie, preparaba excelentes hamburguesas con queso). Tanto mecánicos como controladores hacían las veces de conserjes y de hinchadores de neumáticos, y no era raro que se vieran obligados a salir corriendo del lavabo, donde estaban limpiando el retrete con un estropajo, para conceder un permiso de aterrizaje y asignar una pista del laberinto de dos con el que contaban.

Esto significaba una tarea tan abrumadora que el controlador de noche del aeropuerto del condado apenas podía dormir seis horas.... a veces.

Poco antes del amanecer del día nueve de julio, un Cessna 337, matrícula N101BL, había solicitado por radio permiso de aterrizaje a Claire Bowie. Bowie era un solterón que trabajaba en el turno de noche del aeropuerto desde 1954, cuando los pilotos abortaban con frecuencia sus aterrizajes (maniobra conocida comúnmente como «frenado») por culpa de las vacas que haraganeaban en medio de la única pista que existía en aquella época.

Bowie recibió la llamada del Skymaster a las cuatro y treinta y dos de la madrugada, y concedió el permiso solicitado a las cuatro y treinta y seis. La hora de aterrizaje que anoto- fueron las cuatro y cuarenta y nueve; consignó el nombre del piloto, Dwight Renficid, y el punto de partida del NIOIBL, Bangor, en Maine. Las horas eran sin duda correctas. Lo demás, pura basura.

.Bowie no encontró en el archivo ningún plan de vuelo de un Cessna N LOIBL que

hubiera despegado de Bangor o de otro punto, pero supuso que el controlador de día lo había archivado mal, o quizá lo había usado para secar el café derramado de una taza, y no hizo el menor esfuerzo para verificarlo con Bangor.

En el aeropuerto del condado, la atmósfera era relajada y una tarifa de aterrizaje era una tarifa de aterrizaje.

Dees había hecho comprobaciones en Bangor y ., por lo que allí sabían, el NIOIBL había surgido de la nada.

En cuanto al nombre del piloto, se traba de una broma grotesca. Dwight era el nombre de un actor llamado Dwight Fyre, y éste había interpretado, entre una plétora de otros papeles, el de Renfield, un babeante lunático cuyo ídolo era el vampiro más famoso de todos los tiempos.

Pero, supuso Dees, llamar por radio a la Unidad de Comunicaciones y preguntar por un permiso de aterrizaje a nombre de conde Drácula levantaría sospechas incluso en un lugar tan adormecido como aquél.

Levantaría.

Aunque no estaba seguro del todo.

Después de todo, como había dicho el adicto a la ginebra, una tarifa de aterrizaje es una tarifa de aterrizaje.

Tarifas de aterrizaje o no (y «Dwight Renfield» había pagado la suya enseguida, al contado, al igual que había pagado para que le llenaran los depósitos, y a juzgar por la cantidad de dinero encontrada en el billetero de Claire Bowie había añadido una propina en moneda de curso legal... y generosa), a Dees le asombraba el indiferente tratamiento concedido al NIOIBL. Después de todo, ésta era una época marcada por la paranoia de las drogas, y casi toda la basura era introducida en pequeños puertos mediante pequeños barcos, o en pequeños aeropuertos mediante pequeños aviones (aviones como el Cessna Skymaster de Dwíght Renficid, por ejemplo). Bowie hubiera debido mostrarse suspicaz y buscar el plan de vuelo que faltaba, al menos para curarse en salud.

Eso es lo que *hubiera* debido hacer, pero no lo hizo. Aparte de la propina, ¿recibiría un soborno? En este caso, no lo guardaba en los bolsillos. El informe de la policía especificaba una suma total de noventa dólares. Nadie se presta a un soborno de noventa pavos, ni siquiera un patán, para ocultar un avión que quizá vaya cargado de perico. Otra teoría: Renfield soborna a Claire Bowie.

Bowie se lleva la pasta a su apartamento de soltero y la oculta bajo su ropa interior, o algo así. La noche siguiente, Renfield, tal vez lleno de coca hasta los ojos y tan paranoico de ir mirando atrás que ya tiene tortícolis, decide matar a Bowie. Después llegan los polis y, en el curso de la investigación, uno de ellos descubre la pasta en un cajón del tocador de Bowie. El poli desliza el dinero en su propio bolsillo. Un golpe de suerte: dinero caído del ciclo.

Pero no se sostenía, y Dees lo sabía. Bowie era conocido por su honestidad. Dees no había conocido a un hombre decente en toda su vida, excepto un médium (quizá el único médium *auténtico que* Dees había intentado reclutar para *Inside View)* llamado johnny,Smith, que le había echado a patadas de su casa y amenazado con matarle a tiros. Y como Smith había tratado de asesinar tiempo después a un miembro de la Cámara de Representantes (no al presidente o, al menos, a un senador, sino a un jodido representante de Nueva Hampshire), Dees llegó a la conclusión de que la insólita honestidad de Smith podía ser calificada tranquilamente de locura y olvidada sin más. Sin embargo, Claire Bowie parecía carecer de vicios que le impulsaran a aceptar los riesgos que extrañaba un soborno.

Pero aun en el caso de que lo hubiera aceptado, para desaparecer luego en el bolsillo de un poli, ¿qué pasaba con el resto del personal del aeropuerto del condado de Cumberland? No había muchos, pero los suficientes para que acaso los cuatro se hubieran pasado el día dando vueltas alrededor del Skymaster blanco con toberas rojas. Si Dwight Renficid necesitaba sobornar a uno, necesitaba sobornar a todos.... y Dees

sabía que no era cierto, porque lo había preguntado a boca de jarro y aceptado las negativas (vehementes negativas en todos los casos) con serenidad y sin pestañear.

Esa pandilla de patanes yanquis eran demasiado estúpidos para mentir. Así de sencillo.

Dees creía poder comprender con bastante facilidad la falta de interés manifestada hacia el avión por el amante de la ginebra. El viejo, que le había proporcionado casi toda la información, tenía el aspecto de saber orientarse desde el único hangar del aeropuerto hasta los surtidores de gasolina sin necesidad de un mapa, pero no mucho más lejos.

Además, fue el único de la pandilla que contestó a la pregunta de Dees acerca del soborno con más remordimientos que cólera.

¿Y los demás?

Sólo Cristo lo sabía. La culpa se debía en parte a la falta generalizada de ordenanzas, tan habitual durante la administración Carter, que superpobló los cielos y vació de personal las pequeños aeropuertos cuando las compañías locales descubrieron que la Agencia Federal de Aviación se veía impotente para prohibirles el acceso a los más grandes (como el de Portland). El resto lo puso en la cuenta del dicho provinciano jamás verbalizado de ocúpate-de-tus-asuntos-que-yo-me-ocuparé-de-los-míos.

Pero no era como un Lucky Strike. No le satisfacía. Ni siquiera sonaba a cierto.

De modo que enfrentémonos a ello, tíos: la posible negligencia de un grupo de mecánicos y controladores aéreos de una pequeña ciudad no era la clase de material por la que los lectores de *Inside View* perdían el pelo. Que se lo quedaran *Tbe New Republic o Atíantic Montbly,* si querían; Dees quería al Aviador Nocturno.

El mecánico empapado de ginebra pareció sorprendido cuando Dees le preguntó cómo pensaba que Renfield había salido del aeropuerto.

-Debió de tomar un taxi -dijo. -¿Claire Bowie dijo algo sobre un taxi

al día siguiente? El viejo se frotó su hirsuta barbilla.

-No, que yo recuerde.

Dees tomó nota mentalmente de llamar cuanto antes a la compañía de taxis de la zona. Empezaba a asumir la muy razonable posibilidad de que el tipo durmiera en una cama como todo el mundo, aunque no estaba dispuesto a confiar en el mecánico, que daba la impresión de haber llegado a una etapa de su vida en que las cosas que no recordaba superaban a las que recordaba en una proporción de tres a uno.

-¿Y una limusina?

-No -dijo el borracho con mayor convicción-. Claire no comentó nada sobre una limusina, y lo hubiera hecho.

Dees asintió con la cabeza y tomó nota mentalmente de llamar en segundo lugar a la compañía o compañías de limusinas de Falmouth, si las había. Quería interrogar al resto de los empleados, si bien no confiaba en despejar ningún interrogante; el borracho dijo que había tomado una taza de café con Claire antes de que éste se marchara, y otra cuando Claire se reincorporó al trabajo y él, el borracho, terminó el turno («sólo que -intuyó Dees- apuesto a que tu taza de café se parecía asombrosamente a un vaso de ginebra, ¿eh, abuelito?»), pero estaba seguro de que nadie del turno de día había hablado con Claire.

Había un mecánico nocturno, pero a primera hora de la mañana, llamó anunciando que se encontraba mal, y se había comprobado la veracidad de sus palabras. Bowie estaba solo cuando lo mataron, sin contar al Aviador Nocturno, por supuesto.

Parecía un callejón sin salida. Iba a darle las gracias al borracho

y marcharse

cuando éste dijo:

-El viejo Claire mencionó una cosa rara -abrió la cremallera de su bolsillo izquierdo del mono, sacó un paquete de Chesterfield, se lo tendió a Dees durante medio segundo y luego cogió uno para él. Mientras lo encendía miró a Dees de soslayo con un brillo de astucia en sus ojillos inyectados en sangre bajo los párpados arrugados-. Quizá no

significue nada, pero me parece que debió de sorprender mucho a Claire, porque el viejo Claire, ¿sabe?, el viejo Claire no solía ser muy hablador.

-¿Qué dijo?

-No me acuerdo-contestó el borracho-.

A veces ¿sabe?, cuando me olvido de las cosas, un retrato de Andrew Jackson suele refrescar mi memoria.

-¿Qué tal uno de Alexander Hamilton? -preguntó secamente Dees.

Después de reflexionar un momento (un momento muy *corto),* el borracho reconoció que a veces Hamilton surtía un efecto similar al de diez apretones de manos. Dees pensó que un retrato de Benjamin Franklin -joder, hasta uno de George Washington- habría bastado, pero él era simplemente un hombre impaciente, no un completo tacaño

-Claire dijo que el tío tenía la pinta de ir a una fiesta de disfraces -dijo el borracho.

-Ah, ¿sí? -replicó Dees, pensando que si eso era todo no merecía más que un Franklin-. ¿Dijo por qué pensó eso?

-Dijo que el tío iba vestido como en mil ochocientas noventa. Esmoquin, corbata de seda, todo ese rollo -el borracho hizo una pausa-. Claire dijo que el tío llevaba una gran capa y todo. Roja como una bomba de incendios por dentro, negra como el ojete de una marmota por fuera.

»Dijo que cuando flotaba detrás de él parecía un murciélago con las alas extendidas, sí señor.

No fue la garganta desgarrada lo que intrigó a Morrison; en una sociedad en que enormes dosis de cocaína habían proporcionado a subnormales profundos la capacidad de imaginar -y la locura de realizar- lo que luego desembocó en ceremonias rituales de venganza, las gargantas desgarradas no eran lo bastante originales como para encandilar a los lectores de *Inside View.* Fue, sin embargo, el hecho de que casi toda la sangre de Claire Bowie había desaparecido.

Quizá Morrison se comportaba como un idiota al hacerse ilusiones de que el trabajo que hacía tenía dignidad o importancia, pero no era tonto. Reconocía una buena historia del tipo VAMPIRO ASOLA UNA PEQUEÑA CIUDAD DE MAINE en cuanto la veía, con la misma rapidez que reconocía una buena del estilo «¡BIGFOOT ROBO MI BEBÉ!», LLORA MADRE ANGUSTIADA, o la favorita de Morrison: LA MITAD DEL POLITBURÓ SOVIÉTICO ENFERMO DE SIDA, CONFIESA UN DESERTOR EN UN INFORME SECRETO DE LA CIA.

En una semana tranquila lo habría utilizado como «segundo reclamo» debajo de los titulares, pero Bowie no había sido asesinado en el curso de una semana tranquila, lo que, evidentemente, complacía a Morrison.

Tenía un buen instinto, mejor de lo que en principio había supuesto Dees, y ahora intuía que llevaba entre manos una primicia insuperable.

Su instinto le dijo que el tipo lo haría otra vez. En efecto, el tipo lo hizo tres semanas después.

En Alderton (Nueva York).

Una de las cosas que sorprendieron a Dees en el caso del Aviador Nocturno (y considerando lo que había visto de la naturaleza y el comportamiento humanos, podía haber sido la única cosa que le sorprendiera) era que Alderton había sido la única parada de una noche deL Aviador Nocturno... y aún no le habían atrapado.

El aeropuerto de Alderton era todavía más pequeño que el de Cumberiand; una sola pista de tierra y un combinado de sala de operaciones y comunicaciones, apenas un cobertizo con una capa de pintura fresca. No había aparatos para controlar los acercamientos, pero sí una gran antena para que los granjeros voladores que trabajaban allí pudieran ver, vía satélite, *Dallas, La rueda de la fortuna* u otras cosas tan importantes como ésas.

Un detalle: la tierra de la pista era suave como la seda, igual que la de Maine. Dees pensó: «Acabaré por acostumbrarme. Se acabaron los batacazos contra el asfalto, los

baches que te hacen dar vueltas de campana... Sí, podría acostumbrarme con mucha facilidad».

En Alderton nadie le pidió retratos de Hamilton, jackson o de ningún otro. Toda la ciudad de Alderton, una comunidad de apenas un millar de almas, estaba conmocionada, no sólo los escasos residentes ocasionales que habían financiado el aeropuerto, casi por caridad (hasta endeudarse), junto con el fallecido Buck Kendall. Nadie quería hablar, gratis o por dinero. Nadie había estado allí aquella noche, excepto Buck Kendall. Nadie había *visto* nada, excepto Buck Kendall... y Buck Kendall estaba muerto.

-Tiene que haber sido un hombre muy fuerte -comentó uno de los residentes ocasionales a Dees-. Buck pesaba más de cien kilos, y era muy tranquilo, pero si le cabreabas te lo hacía lamentar. Tenía que haberle visto boxear con un individuo que llegó de Pokeepsie en un circo ambulante hace dos años. Esa clase de peleas no son legales, claro, pero Buck necesitaba dinero para pagar uno de los plazos de su pequeño Pipper Cub, así que-boxeó con aquel luchador del circo. Ganó doscientos dólares y los remitió a la casa de préstamos dos días antes de que enviaran a alguien para embargarlo, creo -el hombre hizo una pausa. Sabía mucho menos que el aficionado a la ginebra, pero a Dees le gustaba más. Parecía genuinamente interesado, genuinamente afectado por todo aquel asunto-. El tipo le debió sorprender por detrás, es lo único que se me ocurre.

Dees no sabía por dónde habían sorprendido a Gerard *Buck* Kendall, pero sabía que esta vez la garganta de la víctima no había sido desgarrada. Esta vez había agujeros, agujeros por los que Dwight Renfield había chupado la sangre de la víctima. Aunque, de acuerdo con el informe del forense, los agujeros se hallaban en lados opuestos del cuello, uno en la vena yugular y otro en la arteria carótida. No se trataba de los discretos mordiscos de la época de Bela Lugosi o de los algo más siniestros de las películas de Christopher Lee. El informe del forense detallaba escuetos centímetros, pero tanto Morrison como Dees no tuvieron dificultad en interpretarlos; a juzgar por el tamaño de las heridas, el asesino tenía unos dientes que emulaban a los de uno de los Pies grandes favoritos de *View,* o las había producido de una forma mucha más prosaica: con un punzón.

Le había perforado la garganta y bebido toda su sangre.

El Aviador Nocturno había pedido permiso para aterrizar en la pista de Alderton poco después de las diez y media de la noche. Kendall le había concedido el permiso y anotado el número, que Morrison casi se sabía ya de memoria en aquel momento: N101BL. En «nombre del piloto» había escrito *«Dwite Renfeild»,* y en «modelo y marca del avión», «Cressna Skyrnaster 337». No mencionaba las toberas rojas, no mencionaba la arrebatadora capa similar a las alas de un murciélago, roja como una bomba de incendios por dentro y negra como el ojete de una marmota por fuera, pero Morrison consideró que ya tenía bastante.

El Aviador Nocturno, que había aterrizado en Alderton poco después de las diez y media de la noche del 19 de julio, asesinado al fornido Buck Kendall, bebido su sangre y despegado en su pequeño Cessna 337 un rato antes de que jenna Kendall llegara a las cinco de la mañana para darle a su esposo un panqueque recién hecho y descubriera el cuerpo vaciado de sangre, ocupaba el primer lugar de la clase en la mente de Morrison.

En otras palabras, estaba preparado para convertir al Aviador en un bombazo.

En aquel momento, Dees recordó haber pensado que si *das* sangre, todo lo que obtienes es un vaso de zumo de naranja. Si la coges, sin embargo -si la chupas, para decirlo claro-, obtienes la primera plana de los diarios.

Dees pensaba en ocasiones -sólo de pasada, cuidado- que la mano de Dios debía haber temblado un poco cuando estaba finalizando la supuesta obra maestra de Su nuevo imperio creador.

El Aviador Nocturno se hubiera convertido en un bombazo con la pasiva aprobación de Dees (y sin su inventiva apodo; Morrison era un buen director, aunque carecía de imaginación, y se habría contentado con el apelativo adecuado, pero vulgar, de Drácula moderno, como si en los últimos cien años no hubieran aparecido alrededor de una treintena y otros cuarenta Jack el Destripador) y sin su firma, puesto que Morrison había sido incapaz de interesarle. Dees ojeó los reportajes, adivinó la conexión, imaginó que el tipo era un chiflado obsesionado por un fetiche agotado hasta las heces, al menos en letra impresa, y que le detendrían la próxima vez. Lo único del caso que despertaba a medias su interés residía en el hecho de que se trataba del primer maníaco homicida de la historia que volaba hacia sus víctimas.

Morrison le preguntó por qué pensaba que Drac, como le llamaba entonces, sería detenido-la próxima vez.

-Porque es un patán, como todos los demás -dijo Dees, y golpeó con la punta de los dedos el número de matrícula del Skymaster-. Si te dedicaras a robar bancos, ¿lo harías siempre con el mismo coche y la misma matrícula?

-¡Oh! -exclamó Morrison, sorprendido-. Pero... eso lo hace aún más misterioso, ¿no es verdad, Rick?

Dees no lo demostró, pero trinaba por dentro. Había un pinchadiscos llamado Rick Dees. Era un imbécil. Si había algo que odiara más que le ¡¡amaran Rick, era una chica o un reportaje que se le resistieran!

Aunque Morrison no lo sabía, cualquier oportunidad de interesar a Dees (que era lo más aproximado a un reportero estrella que *Inside View* podía jactarse de tener) en el Aviador Nocturno, al menos por entonces, se esfumó. La mente de Dees se cerró con un chasquido.

-No lo creo -respondió.

-Oh -Morrison se mostró disgustado-. Bien, de todos modos voy a convertirlo en un impacto.

-Estupendo -dijo, y salió del despacho.

«Rick -pensó-, Rick, rediósssss. Qué burro es este tío. Dejemos que pase una semana. Dentro de dos conseguirá la foto de algún chico estrábico, y la tendrá que tirar a la papelera cuando vea que el chico lleva los pantalones mojados. Ese será el fin de su Drácula moderno.»

Avanzado el día, una de las más grandes estrellas de la música country & western del país anunció entre lágrimas que su no menos famoso marido, también estrella de esa música, le había contagiado el SIDA. Se suponía que Hubby había muerto de cáncer un año antes, pero la gente de *View,* incluyendo a Morrison y a Dees, albergaba sus dudas sobre *esa* pequeña historia («Tengo a cuatro tíos en Nashville -le dijo Dees a Morrison- que arden en deseos de firmar declaraciones juradas afirmando que el amigo América Mi Hogar tañía otros muchos instrumentos aparte de su guitarra»), pero tuvieron que abandonar. Tras examinar las declaraciones juradas que Dees había reunido, los abogados que representaban a la compañía aseguradora *de Inside View,* una compañía que habría podido darle muchas lecciones al vampiro de Morrison sobre diversas y eficientes formas de hincarle el diente a la gente, al menos en la humilde opinión de Richard Dees, habían decidido que no tenían suficientes pruebas, por lo que se vieron obligados a tirar la toalla. Pero esta vez no.

El Aviador Nocturno terminó apareciendo en un artículo de dos columnas situado cerca de la última página del ejemplar publicado la semana siguiente. Morrison pasó la mayor parte del tiempo en su despacho con la puerta cerrada, fumando y hablando consigo mismo en tono áspero; por fin se asomó exhibiendo una sonrisa digna de un padre primerizo. Anunció a Dees y a todos los que estaban al alcance de su voz que acababa de contratar las memorias del ruiseñor agonizante, relatadas a un reportero de *Inside View* (todos pensaron entonces que era Dees) por tres millones de dólares.

-La muy zorra dijo que él se gastaba en putas lo que no se pulía en coches -cloqueó Morrison-, y que ella necesitaba dejarles algo a los niños. Tenían ocho.

-Santo Dios, ese tío *debe* haber sido realmente ambidiestro -se maravilló Dees, y ambos estallaron en carcajadas.

Pero fue esa noche cuando el Drácula de Morrison y el Aviador Nocturno de Dees atacó de nuevo, matando dos veces. Había aterrizado en el aeropuerto de Duffrey (Maryland), el mismo Cessna 337, el mismo número.... pero había aterrizado *la noche anterior.* Como en el primer crimen, el avión había pasado todo el día parado en la rampa, sin ser molestado ni verificado, antes de que la oscuridad cayera y la matanza, por no mencionar la absorción de sangre, se desencadenara.

Cuando Dees le preguntó a Morrison si podía echar un segundo vistazo a los recortes, y cuando más tarde le preguntó a Morrison si Morrison podía enviar a Gloria Swett (un peso pesado de cien quilos, bautizado por muchos redactores de ambos sexos como *Gloria Suet* ***3*** *)* a Nashville en su lugar, Morrison se mostró primero pasmado... y después complacido.

-¿Por qué? ¿Qué te ha picado ahora?

Dees consideró y rechazó media docena de respuestas. Instinto. Eso era todo. Siempre sucedía así. Puro instinto de que esto iba a desembocar en el más grande de los reportajes.

-Creo -contestó, pues suponía que Morrison necesitaba *algo-* que hay muy pocas posibilidades de que un tío robe tres bancos con el mismo coche y la misma matrícula, pero ¿cómo puedes entender que aparque todo el día enfrente del tercer banco en ese coche antes de poner manos a la obra? Hay algo absurdo en toda esta historia. Quiero averiguar qué es.

Y ahora, a diez kilómetros al oeste del aeropuerto de Wilmington y a tres mil pies del suelo, todo era mucho más absurdo.

No tan sólo se habían apagado las luces de la pista, sino las de la mitad de la jodida *ciudad.*

El sistema de aterrizaje por instrumentos continuaba allí, pero cuando Dees se apoderó del micrófono y aulló. «¿Qué cojones pasa ahí abajo?», sólo percibió el crepitar de la estática, y vo1ces que susurraban como fantasmas lejanos.

Devolvió el micro a su sitio, pero no acertó a encajarlo en la abrazadera y cayó al suelo, al extremo del cable retorcido. Dees lo olvidó. Asirlo y gritar eran puro instinto de piloto. Sabía lo que había ocurrido tan bien como que el sol se pone por el oeste..., lo que haría muy pronto. Un rayo habría caído de lleno sobre alguna subestación de energía en las cercanías del aeropuerto. La cuestión era aterrizar o no aterrizar.

-Tenía autorización -dijo una voz.

Otra replicó de inmediato (correctamente) que eso era una memez de razonamiento. Uno aprendía lo que tenía que hacer en una situación seme]ante cuando todavía era el equivalente de un aprendiz de conductor. La lógica y el manual te dicen que optes por tu alternativa y trates de contactar con el Control de Tráfico Aéreo.

Aterrizar ahora le costaría una considerable multa por violar la ley.

Por otra parte, no aterrizar ahora *-ahora* mismo- podría suponer la pérdida del Aviador Nocturno. También podría costarle a alguien (o a

varios alguienes, considerando los asesinatos de Ray y Ellen Sarch en Duffrey) la vida, pero Dees no le daba demasiada importancia a esto.... hasta que una idea alumbró su mente como una bombilla, una inspiración impresa, como la mayoría de sus inspiraciones, en gruesos caracteres:

HEROICO REPORTERO SALVA (añadir un número de personas lo más grande posible, cuanto más grande mejor, dados los límites asombrosamente generosos que señalan el grado de credulidad humana) DEL AVIADOR NOCTURNO LOCO.

«Tragaos ésa, tíos», pensó Dees, y continuó su descenso hacia la pista 34.

Las luces de la pista se encendieron de nuevo, como aprobando su decisión, y volvieron a apagarse, imprimiendo en sus ojos postimágenes azules que un momento después viraron al verde enfermizo de los aguacates podridos. En el mismo instante la espectral estática que surgía de la radio se disipó y la voz del Labriego john chilló:

-¡Vire a babor, N471B! ¡Piedmont, gire a estribor! Jesús, oh, Jesús, van a chocar, creo que van a chocar ... !

Los instintos de auto conservación de Dees estaban tan bien afilados como los de olfatear sangre. Ni siquiera vio las luces estroboscópicas del 727 de Aerolíneas Piedmont; se hallaba demasiado ocupado inclinando el Beech a babor tanto como podía, un margen tan estrecho como el coño de una virgen, hecho que Dees se alegraría de comprobar si salía con vida de este embolado. Reaccionó apenas oída la segunda palabra emitida por el Labriego john. Vio/percibió por una fracción de segundo algo que pasaba a escasos centímetros de su cabeza, algo tan gigantesco como el ala de un pájaro prehistórico, y a continuación el Beech vibró de tal forma que el aire turbulento de antes pareció de cristal. Sus cigarrillos salieron disparados del bolsillo de la camisa y se desparramaron por todas partes. La semioscura línea del horizonte de Wilmington estaba curiosamente ladeada. Tuvo la sensación de que su estómago intentaba estrujarle el corazón hasta arrebatarle la existencia. Un reguero de saliva resbaló por una mejilla como si un chico se deslizara sobre un patín bien engrasado. Los mapas volaban como pájaros. El aire del exterior bramaba con el rugido de un motor a reacción, al igual que el resto de la naturaleza. Una de las ventanas del compartimiento para cuatro pasajeros explotó hacia adentro, y un viento asmático se coló de rondón, absorbiendo como un tornado todo lo que no estaba sujeto.

-¡Recupere su altitud previa, N471B! -chillaba el Labriego john.

Dees se dio cuenta con serenidad de que acababa de estropear sus pantalones de doscientos dólares al derramar medio litro de pipí caliente en ellos, pero le consoló en parte la fuerte sensación de que el Labriego john había ensuciado los suyos con un montón de ginebra fresca. Para el caso, sonaba igual.

Dees llevaba un cuchillo del Ejército suizo. Lo sacó del bolsillo derecho de los pantalones y, agarrando el volante con la mano izquierda, practicó

un corte a través de su camisa justo por encima del codo izquierdo hasta hacerse sangre. Sin la menor pausa

(instinto)

Hizo otro corte, poco profundo, bajo su ojo izquierdo. Cerró el cuchillo y lo metió en el bolsillo elástico para mapas que había en la puerta del piloto. «Lo limpiaré después -pensó-. Si no lo haces te hundirás en la porquerías Aunque considerando las barbaridades que el Aviador Nocturno había cometido impunemente, pensó que no le pasaría nada.

Las luces de la pista volvieron a encenderse, esta vez de forma definitiva, aunque los parpadeos que emitían le hicieron sospechar que estaban siendo alimentadas por un generador. Condujo el Beech de nuevo hacia la pista 34. La sangre se deslizó sobre su mejilla izquierda hasta la comisura de la boca. Lamió un poco y escupió una mezcla rosácea de sangre y saliva sobre el IVSI. Nunca desaproveches un ardid. Instinto.

Consultó su reloj. Sólo faltaban catorce minutos para la puesta de sol. Le iba a ir de un pelo.

-¡Enderece, Beech! -aulló el Labriego john-. *¿Está sordo o qué?*

Dees tanteó en busca del enmarañado cable del micrófono sin molestarse en apartar los ojos de las luces de la pista. Tiró del cable hasta apoderarse del micro. Lo acarició y oprimió el botón.

-Escúcheme, maldito hijo de perra -dijo, con los labios separados hasta descubrir las encías-, estuve a punto de que ese 727 me convirtiera en mermelada de fresa gracias a que usted no movió el trasero a tiempo, de modo que no conseguí comunicación de Control del Tráfico Aéreo. No sé cuánta gente en ese avión estuvo a punto de convertirse en mermelada de fresa, pero apuesto a *que usted* sí, y también la -tripulación. La única explicación de que esos chicos sigan vivos es que el capitán fue lo bastante hábil como para seguir el baile y yo le hice de pareja, pero he sufrido daños físicos y estructurales. Si no me concede autorización para aterrizar ahora mismo, aterrizaré de todas formas. La única diferencia es que si lo hago sin autorización le

llevaré a juicio ante la Agencia Federal de Aviación, pero antes procuraré ponerle el trasero donde ahora tiene la cabeza. ¿Me ha entendido, so burro?

Un largo silencio punteado por la estática. Después, una voz muy humilde, diferente por completo del anterior vozarrón, dijo:

-Concedida la autorización para aterrizar en la pista 34, N471B.

Dees sonrió y picó en dirección a la pista.

-Lo siento -dijo, tras oprimir el botón del micro-, he estado grosero y maleducado, pero sólo me ocurre cuando estoy a punto de morir.

No hubo respuesta de tierra.

Dees siguió adelante, y resistió el impulso de consultar otra vez su reloj.

Duffrey fue lo que terminó de convencerle, aunque anteriormente se había planteado si no estaba cometiendo un error.

En Duffrey, el Cessna del Aviador Nocturno había pasado otro día entero en la rampa. La sangre era lo que importaba a los lectores, por supuesto, y así debía ser (por los siglos de los siglos, amén, amén); el matrimonio de ancianos debía de haber muerto uno en brazos del otro, pero no fue así y debía de haber sido encontrado en medio de un gran charco de sangre, pero tampoco fue así, porque no quedaba sangre en sus cuerpos; los lectores querrían y deberían interesarse en ellos (el mes siguiente hubieran celebrado sus bodas de oro, esnif, esnif, buá, buá), pero fue el fallo de no informar sobre el avión involucrado previamente en otros dos asesinatos lo que convenció a Dees de que tenía un reportaje entre manos, tal vez un gran reportaje.

Había aterrizado en el aeropuerto nacional de Washington y alquilado un coche para recorrer los noventa kilómetros que distaba Duffrey, pues sin Ray Sarch y su esposa Ellen no *había* aeropuerto Sarch/Duffrey. Ambos formaban todo el tinglado, aparte de la hermana de Ellen, Raylene, una estupenda mecánico. Había una sola pista de tierra, aceitada para asentar el polvo e impedir que crecieran hierbas, y una cabina de control no mucho más grande que un armario agregada al remolque jetAire en el que vivían los Sarch. Ambos estaban jubilados, ambos se conservaban fuertes como robles, ambos volaban, ambos se amaban.

Más adelante, Dees averiguó en aquellos ajetreados días previos a su vuelo a Wilmington que los Sarch colocaban en la misma categoría a los traficantes de droga y a los que maltrataban niños. Su único hijo había muerto en la región de los Evergiades de Florida cuando intentaba aterrizar en lo que parecía una laguna de agua clara, cargado con más de una tonelada de droga en un Beech 18 robado. El agua *estaba* despejada de obstáculos... excepto en un punto sembrado de rocas. El avión estalló. Douglas Sarch salió despedido con el cuerpo chamuscado y humeante, pero probablemente todavía con vida, al menos lo bastante para que sus afligidos padres confiaran en un milagro. Doug Sarch fue devorado por los cocodrilos, y lo único que quedaba de él cuando los chicos de rescate y salvamento lo encontraron una semana después era un esqueleto desmembrado, con algunos fragmentos de carne invadidos por gusanos; un par de gastados tejanos Calvin Klein, una camisa de seda blanca y una chaqueta deportiva de Bijan, la tienda de Nueva York, en la que guardaba el billetero... y sesenta gramos de cocaína casi pura.

-Fueron las drogas y los hijos de perra que trafican con ellas los que mataron a nuestro hijo -había dicho Ray Sarch en varias ocasiones, a lo que Ellen Sarch asentía vigorosamente. Su odio hacia las drogas y los traficantes, según le repitieron a Dees una y otra vez (no dejó de divertirle el casi unánime sentimiento de los habitantes de Duffrey en cuanto a que el asesinato de los Sarch había sido «una operación del hampa»), sólo era superado por la pena y la estupefacción ocasionadas por el hecho de que su hijo hubiera sido arrastrado por aquella clase de gente.

Dees podía y estaba dispuesto a utilizar todo aquel material, por supuesto.... aunque no en seguida. Un reportaje como éste era

como el café de Maxwell House: bueno hasta la última gota. Pero empezabas con el equivalente de un violento chillido metálico. Más tarde, una vez saciado el acuciante interés inicial -¿cómo los mató?, ¿bebió realmente su sangre?, ¿los torturó?, ¿gritaron sus víctimas?-, se produciría un intermedio, y luego, al cabo de dos semanas o algo así, el metal sería reemplazado por lastimeros violines.

Tras la muerte de su hijo, los Sarch mantuvieron los ojos alerta sobre cualquier cosa o cualquier persona sospechosa de transportar drogas. Habían hecho venir cuatro veces a la policía del estado de Maryland por otras tantas falsas alarmas, pero a los Osos del estado no les importó, porque los Sarch les habían dado el soplo de tres cargamentos pequeños y dos muy grandes. El último pretendía introducir catorce kilos de cocaína boliviana pura. Éste era el tipo de golpe que conseguía hacerte olvidar unas pocas alarmas falsas, el tipo de golpe que te valía un ascenso.

Así que el 27 de julio había llegado este Cessna Skymaster con la matrícula y la descripción que ya habían sido comunicadas a todos los aeropuertos y campos de aterrizaje de Estados Unidos, incluido el de Duffrey; un Cessna cuyo piloto se había identificado como Dwight Renfield, punto de origen, Wilmington (Delaware), un campo de aterrizaje que jamás había oído mencionar a un «Renfield» o a un Skymaster con matrícula N101BL; el avión de un hombre que tal vez era un asesino.

-Si hubiera aterrizado aquí, ahora estaría entre rejas -le había dicho a Dees por teléfono uno de los controladores de Delaware, pero Dees lo dudó.

El Aviador Nocturno había tomado tierra en Duffrey un poco antes de la medianoche del veintisiete, y Dwight Renfield no sólo había firmado en el diario de vuelo de los Sarch, sino aceptado la invitación de Ray Sarch a entrar en el remolque, beber una cerveza y ver la reposición de un episodio *de Gunsmoke* a través de la cadena por cable de la CBN. Ellen Sarch se lo había contado a una amiga por la mañana, en el salón de belleza de Duffrey. La amiga era una mujer llamada Selida McCammon, y cuando Dees le preguntó qué estado de ánimo presentaba Ellen Sarch, Selida hizo una pausa y respondió:

-Algo lánguido, como una colegiala enamorada, pero de setenta años. Tenía buen color, me dio la impresión de que se había maquillado, hasta que empecé a hacerle la permanente. Entonces comprendí que estaba.... ya sabe... -Selida McCammon se encogió de hombros. Sabía lo que quería decir, pero no cómo decirlo.

-Excitada -sugirió Dees, lo que provocó las risas y los aplausos de Selida McCammon.

-¡Excitada! ¡Eso es! ¡claro, se nota que es usted escritor!

-Bueno, escribo como un párvulo -dijo Dees, y le dedicó una sonrisa que pretendió fuera cálida y simpática.

Solía practicar constantemente, y continuaba
practicando con asombrosa regularidad, esta expresión en el espejo de la alcoba del apartamento de Nueva York al que llamaba su casa, y en los espejos de los hoteles y moteles que eran *en verdad* su casa (puesto que pasaba mucho más tiempo en lugares donde le servían las bebidas en recipientes de plástico que en el lugar adonde le enviaban las facturas y el estado de cuentas bancario). Dees no era la clase de hombre que recibe mucho correo, y se sentía satisfecho de ello, ja ja ja. Pareció funcionar, porque la sonrisa de la mujer se ensanchó, pero la verdad era que Richard Dees nunca había irradiado simpatía y calidez en su vida. Había creído, de niño y de adolescente, que estas emociones no existían; se trataba de simples mascaradas, convenciones sociales como las que obligan a las chicas a decir: «Oh, por favor, no me toques ahí», cuando en realidad no sólo quieren que las toques ahí, sino que las metas veinte centímetros de aparato, más o menos. Luego llegó a la conclusión de que tales sentimientos, e incluso quizás el amor (aunque en este asunto continuaba siendo agnóstico), eran reales. Era incapaz de sentirlos, simplemente. Bueno, tal vez eso no fuera tan malo. Había tetrapléjicos por ahí. Había cancerosos por ahí. Había amnésicos por ahí.

La pérdida de unas pocas emociones no significaba gran cosa, ¿verdad? Dees pensaba que no.

Mientras pudieras contraer los músculos de tu cara de la forma correcta, todo iba bien.

No era más fácil ni más difícil que aprender a mover las orejas. Y no dolía. De vez en cuando, una vocecilla interior le preguntaba qué quería, cuál era *su* opinión íntima, pero Dees *no quería* una opinión íntima. Dees *no quería* ser simpático o cálido, ni mucho menos amar o *estar* enamorado. Sólo quería cuatro cosas:

1) No querer querer.
2) Fotografías.
   Prefería escribir, lo sabía, pero las fotografías le gustaban igual.
   Le gustaba tocarlas. Dos dimensiones.
3) Basura. Obscenidad. Horror.
4) Destaparlos antes que nadie.

Richard Dees era un hombre modesto con deseos modestos.

Así que el Aviador Nocturno había aterrizado en el pequeño negocio familiar que era el campo de aterrizaje de Duffrey. En una pared del pequeño despacho que compartían los Sarch había un anuncio orlado de rojo de la Agencia Federal de Investigación. Sugería que un individuo que pilotaba un Cessna Skymaster 337, matrícula N181BL, podía ser el asesino de dos personas. Este hombre, seguía el anuncio, tal vez fuera un sujeto que se hacía llamar Dwight Renfield. El avión había tomado tierra. Dwight Renficid quizá había pasado la mayor parte de la noche y todo el día siguiente en la bodega de su avión: un pato agazapado al que no habían cazado para meter en la olla.

Los Sarch, tan precavidos que se habrían precipitado sobre la alarma de incendio con sólo oler humo, y no digamos si hubieran visto fuego, no, hicieron nada. Ray, de hecho, había invitado al tipo a beber una cerveza y a un rato de televisión. Le había tratado como a un viejo amigo, y no como a una persona sospechosa. Su esposa había concertado cita para el salón de belleza de Duffrey, algo sorprendente para Selida McCannon. Las visitas de la señora Sarch eran tan regulares como un reloj, y para la siguiente faltaban dos semanas como mínimo. Sus instrucciones habían sido anormalmente explícitas: no había pedido tan sólo la permanente habitual, sino también un corte... y algo de tinte.

-Quería parecer más joven -había dicho Selida McCammon, más asombrada que divertida, lo que no era extraño, pensó Dees, a la luz de los resultados.

¿Y Ray Sarch?

Había llamado a la Agencia Federal de Aviación en el Aeropuerto Nacional de Washington, solicitando que retiraran Duffrey de la lista de campos de aterrizaje en activo, salvo causas de fuerza mayor... En otras palabras, estaba cerrando el chiringuito.

Dijo que le rondaba una gripe.

Esa noche, los dos atentos vigilantes del fuego ardieron, en efecto, hasta morir. Encontraron a Ray Sarch en la pequeña sala de control, con la cabeza separada del cuerpo y caída en la esquina más lejana, yaciendo sobre los restos desgarrados del cuello y un charco de sangre coagulada. Los ojos vidriosos abiertos de par en par miraban la esquina, como si aún pudieran ver algo.

Encontraron a su mujer en la alcoba del remolque. Estaba en la cama. Iba vestida con un camisón tan nuevo que revelaba no haber sido usado antes. Era vieja, le había dicho un agente a Dees (el cabrón le había costado más caro que el borracho de Maine, veinticinco dólares, pero valía la pena), pero el aspecto era inequívoco: se había vestido para un amante, no para un asesino. Aquellos agujeros enormes, como los producidos por un punzón, le habían atravesado el cuello, uno en la carótida y otro en la yugular. Tenía el rostro sereno, los ojos cerrados y las manos enlazadas sobre el regazo.

Aunque había perdido casi toda la sangre de su cuerpo, sólo descubrieron unas

pocas manchas en la almohada, y algunas más en el libro abierto sobre su estómago: *El último vampiro,* de Anne Rice.

¿El Aviador Nocturno?

Poco antes de la medianoche del día veintiocho, o en las primeras horas de la madrugada del veintinueve, se había esfumado.

Como por encanto. O como un murciélago.

cuando una de las ventanas del compartimiento de pasajeros, la que se había astillado cuando estuvo a punto de chocar con el 727 de Piedmont, acabó de pulverizarse en una lluvia de diamantes.

A la luz del brillante resplandor vio que el rayo caía de lleno sobre un edificio achaparrado en forma de cubo, situado junto a la pista 34. Estalló y escupió una lengua de fuego hacia el cielo, aunque no tan brillante como el rayo que la había encendido.

«Cómo encender un cartucho de dinamita con una bomba nuclear pequeña -pensó Dees confusamente, y luego-: El generador, eso era el generador.»

Todas las luces, las blancas que señalaban los bordes de la pista, y los focos rojos que indicaban el final, se apagaron de súbito, como velas agitadas por una violenta ráfaga de viento. Dees se encontró correteando a más de ciento veinte kilómetros por hora en plena oscuridad.

La onda expansivo golpeó al Beech como un puño, lo martilleó con repetidas sacudidas. El Beech, ignorante de que había vuelto a adquirir la condición de criatura atada a tierra, se ladeó peligrosamente a estribor, ascendió y tocó de nuevo el suelo con la rueda derecha rebotando una y otra vez sobre algo -o *algos-* que Dees reconoció vagamente corno las luces de aterrizaje.

«¡A babor! -gritó su mente-. ¡A babor, imbécil!»

Reaccionó antes de que su mente, más fría, tomara la decisión. Si viraba a babor a esta velocidad

Richard Dees tomó tierra en Wilmington siete minutos antes del ocaso oficial. Mientras reducía la velocidad, todavía escupiendo sangre del corte que se había hecho bajo el ojo, vio caer un rayo de un color blancoazulado tan intenso que se imprimió en sus retinas durante casi un minuto, hasta resolverse en medio arco iris pálido y enfermizo. Al cabo de un instante estalló el trueno más ensordecedor que había oído en su vida; su opinión subjetiva de que había roto la barrera del sonido quedó confirmada daría una vuelta de campana. Quizá no estallaría, teniendo en cuenta el escaso combustible que contenían los depósitos, pero cabía alguna posibilidad. O quizá el Beech quedaría hecho trizas de tal forma que los intestinos de Richard Dees colgarían como cables y los riñones de Richard Dees se desplomarían como dos enormes cagarrutas de pájaro.

«¡Aguanta! -se exigió a gritos-. *¡Aguanta, hijo de perra, aguanta!»*

Entonces estalló algo (los depósitos secundarios del generador, dedujo cuando tuvo tiempo de deducir) que inclinó todavía más a estribor el Beech, pero sirvió para apartarle de las luces de aterrizaje inutilizadas y para enderezar un poco el avión, la rueda de babor en el borde de la pista 34 y la rueda de estribor en el límite impreciso entre las luces y la zanja que había observado a la derecha de la pista. El Beech aún temblaba, aunque no en exceso, y Dees comprendió que la rueda de estribor se había roto al aplastar las luces de aterrizaje.

Poco a poco iba frenando. El Beech empezaba a comprender que se había convertido en algo diferente, algo que pertenecía a la tierra. Cien..., noventa.... y Dees respiró aliviado, cuando de pronto vio frente a él un enorme Lear, inmovilizado locamente en mitad de la pista por el piloto que lo conducía a la pista 5.

Se abatió sobre él, vio ventanas iluminadas, vio rostros que le miraban con la expresión de oligofrénicos en un asilo aguardando un truco de magia y, sin pensarlo dos veces, giró el volante todo lo que pudo a la derecha y dirigió el Beech, hacia la zanja,

esquivando por unos tres centímetros la cola de lo que parecía un Lear 25. Se dio cuenta que estaba chillando y de que volvía a mearse en los pantalones, pero más que nada de lo que estallaba frente a él mientras el Beech intentaba convertirse de nuevo en una criatura del aire, imposibilitada a causa de la poca altura y el desfallecimiento de los motores, con terca obstinación. A la luz agonizante de la segunda explosión dio un gigantesco brinco y patinó a través de una pista de maniobras. Por un momento vio la terminal con las esquinas iluminadas por luces de emergencia que funcionaban gracias a baterías de acumuladores y vio los aviones aparcados (uno de los cuales sería, con toda probabilidad, el del Aviador Nocturno) como siluetas oscuras de papel cresponado dibujadas contra la ominosa luz naranja del ocaso, que se adivinaba entre las masas de cúmulos.

«¡Lo conseguiré!», chilló para sí, y el Beech i*ntentó* girar; el ala de babor arrancó una fuente de chispas de la pista de maniobras más cercana a la terminal. Su extremo se rompió y salió despedido hacia los matorrales, donde prendió fuego rápidamente a las hierbas húmedas.

Entonces el Beech se inmovilizó, y los únicos sonidos perceptibles eran el nevoso crepitar de la estática, el gorgoteo de las botellas que desparramaban su contenido sobre la alfombra del compartimiento de pasajeros y el frenético martilleo del corazón de Dees.

Se había soltado el cinturón de seguridad y estaba de pie, dispuesto a encaminarse hacia la compuerta presurizada antes de asegurarse por completo de que seguía con vida.

Más tarde recordó lo sucedido con claridad meridiana, pero lo único que pudo recordar desde el momento en que el Beech patinó hasta frenar en la pista de maniobras, detrás mismo del Lear e inclinado a un lado, hasta el momento en que oyó los primeros gritos desde la terminal, fue que necesitaba encontrar su cámara. Era una Nikon. La había comprado en una casa de empeños de Toledo cuando tenía diecisiete años, y la conservaba desde entonces. Le había añadido lentes, pero el aparato, arañado y mellado en un par de sitios, era exactamente el mismo. La Nikon era lo más parecido a una esposa para Dees. Estaba en el bolsillo elástico detrás de su asiento. Recordó que la había sacado y comprobado que seguía intacta: recordaba eso. Había sobrevivido al aterrizaje sin romperse, de modo que, después de todo, quizá Dios existía.

Dees tiró de la palanca que abría la compuerta, saltó, casi cayó, y sujetó la cámara antes de que se estrellara contra el hormigón de la pista de maniobras y se rompiera en pedazos.

Le dio dos vueltas a la estrecha correa de cuero y se la colgó del cuello. Empezó a andar hacia la terminal -oyendo el fragor de los truenos, casi cayéndose, sujetando la cámara antes de que se estrellara contra el hormigón de la pista de maniobras y se rompiera en pedazos-. Se levantó una brisa, y la notó en su cara, pero sobre todo en las ingles, porque llevaba los pantalones mojados.

Entonces, un débil pero penetrante alarido llegó desde el edificio de la terminal, un chillido de agonía y horror. Fue como si alguien hubiera abofeteado a Dees en la cara. Volvió en sí. Se centró en su objetivo de nuevo. Consultó su reloj. No funcionaba. O se había roto en el choque o se había parado. Era -una de esos curiosos aparatos antiguos a los que hay que darles cuerda y no se acordaba de cuándo lo había hecho por última vez.

¿Era la puesta de sol? *¿Ya* lo era? Oyó otro grito (no, no un grito, más bien un chillido) y el sonido de cristales rotos. La puesta de sol carecía de importancia. Se echó a correr.

Más gritos. Más cristales rotos.

Dees corrió con más rapidez, vagamente consciente de que los depósitos auxiliares del generador continuaban ardiendo. Percibió olor a gas en el aire. Notaba cómo la tela caliente se le pegaba a sus partes, como cemento. La terminal se aproximaba, pero no muy velozmente. No lo bastante rápido.

-¡No, por favor! ¡No, por favor! ¡NO POR FAVOR NO PORFAVORPORFAVOR NO NO NO NO ... !

Y a continuación de este chillido que fue aumentando de intensidad, oyó un aullido, tal vez de satisfacción o de desdén, un sonido animal pero, al mismo tiempo, casi humano.

Vio algo oscuro y movedizo que destrozaba más cristales del muro de la terminal que daba a la zona de aparcamiento (el muro era casi por completo de cristal) y los brillantes pedazos de vidrio a la luz de los focos de emergencia situados en las esquinas del edificio. La forma oscura cesó su labor de destrucción. Saltó a la rampa, rodó, y Dees vio que era un hombre.

La tormenta se alejaba, pero los relámpagos continuaban, y cuando Dees entró corriendo, jadeante, en la zona de aparcamiento vio por fin el aparato del Aviador Nocturno y la temeraria inscripción en la cola: N101BL. Las letras y los números parecían negros a causa de la escasa iluminación, pero sabía que eran rojos y, de todas formas, no importaba. Llevaba un carrete en blanco y negro, de película rápida, y un flash preparado para dispararse sólo cuando no hubiera suficiente luz para la velocidad de la película.

La bodega del Skymaster estaba abierta como la boca de un cadáver. Debajo había un montón de tierra en el que se movían y reptaban cosas.

Dees patinó hasta frenar. Intentó levantar la cámara. Casi se estranguló. Blasfemó. Desanudó la correa. Apuntó.

Un largo, agudo y estremecedor alarido surgió de la terminal; el alarido de una mujer o de un niño. Dees apenas le prestó atención. Al pensamiento de que estaba ocurriendo una matanza allí dentro le sucedió el de que la matanza contribuiría a engrosar el reportaje, y ambos pensamientos se borraron de golpe cuando hizo tres rápidas instantáneas del Cessna, asegurándose de encuadrar bien la bodega abierta y el número pintado en la cola. El carrete zumbó.

Dees se precipitó hacia allí. Más cristales rotos.

Se oyó otro golpe sordo cuando un nuevo cuerpo fue arrojado sobre el cemento como una muñeca de trapo humana. Dees-forzó la vista, distinguió un confuso movimiento, el aleteo de algo que *podía ser* una capa ... 1 pero estaba demasiado lejos para asegurarlo. Se giró. Tomó dos instantáneas más del avión, dos excelentes y escuetas fotos de la bodega bostezante y el montón de tierra.

Luego dio media vuelta y corrió rápidamente hacia la terminal.

Ni por un momento cruzó por su mente la idea de que iba únicamente armado con la Nikon.

Se detuvo a unos diez metros de distancia. Distinguió tres cuerpos, dos de adultos, uno de cada sexo, y un tercero que debía de pertenecer a una mujer de escasa estatura o a una niña de trece o catorce años. Era difícil deducirlo, porque le faltaba la cabeza.

Dees levantó la cámara y tomó seis rápidas fotos. El flash disparó su luz blanquecina y el carrete, al deslizarse, produjo un zumbido constante y suave.

No perdió la cuenta. El carrete era de treinta y seis fotos. Había tomado once. Le quedaban veinticinco. Guardaba más carretes en los grandes bolsillos de sus pantalones, lo que era estupendo... si tenía la oportunidad de volver a cargar la cámara. Dees llegó a la terminal y empujó la puerta.

Pensó que lo había visto todo en esta vida, pero *nunca* había visto algo semejante. *Nunca.*

¿Cuántos?, sollozó su mente. ¿Cuántos, seis, ocho?

El lugar era una carnicería.

Por todas partes yacían cuerpos y partes de cuerpos. Vio una pierna; la fotografió. Un torso desgarrado; lo fotografió. Había un hombre todavía con vida, un hombre vestido con un mono de mecánico, y por un estremecedor momento pensó que se trataba del borracho de Maine, pero éste era calvo. Tenía la cara hendida desde la frente a la barbilla, y la nariz partida en dos.

Dees lo fotografió.

Se le revolvían las tripas como un océano batido por la tempestad.

«¿Cuántas? ¿Cuántas fotos?», gritó para sí.

Por primera vez en diecisiete años había perdido la cuenta.

Las paredes estaban cubiertas de sangre. Charcos de sangre manchaban el desgastado linóleo. El tablón de anuncios, que sin duda debía albergar un aviso de la Agencia Federal de Aviación sobre el NIOIBL, estaba salpicado y goteaba como una ducha mal cerrada.

Había un escritorio, y al lado un mostrador.

Un globo ocular azul estaba pegado a una bolsa de caramelos.

Dees lo fotografió.

Y eso fue todo.

Todo lo que pudo tomar.

Vio el letrero LAVABOS. Una flecha debajo. Corrió en esa dirección. La cámara bailoteó al compás de sus movimientos.

El primero estaba indicado con una forma humana; era el de los hombres, puesto que no llevaba un triángulo sobre impuesto en el torso. A Dees le importaba un comino que fuera el lavabo de los extraterrestres. Lloraba con grandes, ásperos y roncos sollozos. Ignoraba que surgieran de él. Hacía muchos años que no lloraba. Desde que era niño.

Entró como una exhalación, patinó como un esquiador que ha perdido el control y se agarró a la segunda pila de la hilera.

Se inclinó sobre ella y vomitó todo cuanto contenía su cuerpo, un chorro abundante y apestoso. Parte le salpicó la cara y parte se estrelló contra el espejo, formando grumos terrosos. Olió el pollo criollo que había tomado a la hora de comer y vomitó de nuevo, con-un sonido estrangulado como el de una maquinaria sobrecargada a punto de reventar.

«Jesús -pensó-, Jesús, no es un hombre, no puede ser un hombre ... »

Fue entonces cuando oyó el sonido.

Era un sonido que había oído mil veces, o quizá diez mil veces antes, un sonido habitual en la vida de cualquier hombre norteamericano.... pero que ahora le llenaba de un terror espantoso, sobrecogedor, más allá de todas sus experiencias y creencias.

Era el sonido de un hombre meando en un urinario.

Había tres urinarios. Los veía a través del espejo manchado de vómitos.

No había nadie en ninguno de los urinarios. Dees pensó: «Los Vampiros... No... Se... Reflej ... ».

Entonces vio un líquido rojizo que se estrellaba .contra la porcelana del urinario de en medio, que caía por esa porcelana, que remolineaba entre las junturas dispuestas geométricamente.

El aire estaba quieto.

Sólo lo vio cuando se estrelló contra la porcelana inerte.

Fue entonces cuando se hizo visible.

Cuando se estrelló contra la porcelana desprovista de vida.

Estaba petrificado, inmóvil, con las manos apoyadas en el borde de la pila, la boca, garganta, nariz y fosas nasales sofocadas por el olor y el sabor del pollo criollo, y contemplaba cómo una invisible criatura vaciaba su invisible e inhumana vejiga.

«Estoy viendo mear a un vampiro», pensó confusamente.

A lo lejos, acercándose, aullaron unas sirenas. Parecía que la orina sanguinolento seguía estrellándose contra la porcelana, haciéndose visible, y resbalando para siempre por la superficie curva del urinario hacia los agujeros.

Dees no se movió.

«Estoy muerto», pensó.

A través del espejo vio la manija Cromada bajar por sí sola.

El agua rugió.

Dees oyó un crujido y un aleteo, y supo que era una capa y que si se daba la vuelta su vida terminaría.

Permaneció donde estaba sin moverse un milímetro. Sus manos arañaban el borde de la pila.

-No me sigas. Sé quién eres. Lo sé todo sobre ti -dijo una voz suave, sin edad.

Dees gimió y volvió a mojarse los pantalones. -Abre tu cámara -dijo la voz sin edad.

«¡Mi película! -gritó parte de Dees-. ¡Mi película! ¡Todo lo que tengo! ¡Todo lo que tengo! ¡Mis fotos! ¡Mis ... !»

Otro seco aleteo de la capa. Aunque Dees no podía ver nada, presintió que-el Aviador Nocturno estaba más cerca.

-Hazlo.

Su película *no era* todo lo que tenía.

Aún le quedaba la vida.

Así era.

De momento.

Se vio a sí mismo girando bruscamente, de cara al Aviador Nocturno, una criatura más cercana al murciélago que al hombre, una Cosa grotesca manchada de sangre y cabellos arrancados; se vio a sí mismo tirando una foto tras otra mientras el carrete zumbaba.... pero no habría nada.

Nada en absoluto.

Porque, en fin de cuentas, no había forma de fotografiarle.

-Eres real -habló con voz ronca, sin moverse, las manos apoyadas en el borde de la pila, la sangre retirándose de las palmas.

-Como tú -chirrió la voz sin edad, y Dees sintió que el aliento del Aviador Nocturno le agitaba los pelos de la nuca, y olió el perfume de la muerte en el aliento del Aviador Nocturno-. Ahora... La última oportunidad. Abre la cámara.

Dees abrió la Nikon con las manos completamente entumecidas.

Un aire gélido, cortante- como una cuchilla de afeitar, le azotó el rostro. Por un momento vio una mano blanca de dedos largos manchada de sangre; vio uñas largas y rotas cubiertas de mugre.

Luego la película salió y se desenrolló sumisamente de la cámara.

Hubo otro seco aleteo, otra vaharada apestosa. Por un momento pensó que el Aviador Nocturno iba a matarle, de todos modos. Después vio que la puerta del lavabo de hombres se abría sin que nadie la empujara.

«Debe de haber comido muy bien esta noche», pensó Dees, e inmediatamente levantó la vista para enfrentarse a su propia imagen en el espejo.

La puerta se cerró con un silbido.

Dees continuó inmóvil al menos tres minutos después de que la puerta se cerrara.

Continuó inmóvil hasta que las sirenas llegaron casi al extremo de la terminal.

Continuó inmóvil hasta que oyó toser y rugir los motores de un avión.

Un Cessna Skymaster 337.

Entonces salió del lavabo con las piernas rígidas, tropezó con la pared opuesta, reaccionó y caminó hacia la terminal. Casi cayó al resbalar en un charco de sangre.

-¡Quieto ahí, señor! -chilló un policía a su espalda-. *¡Quieto ahí! ¡Si hace un solo movimiento disparo!*

Dees ni siquiera se giró.

-Prensa, pies planos -dijo Dees, y se acercó a una de las ventanas destrozadas.

Se quedó allí y contempló cómo el Cessna aceleraba por la pista 5. La película colgaba de su cámara como una tira de confeti marrón. La forma negra del avión se recortó contra el resplandor del generador y los tanques auxiliares en llamas, una forma que recordaba a la de un murciélago, y luego se elevó y desapareció. Y el policía

aplastó a Dees contra la pared con la fuerza suficiente para hacerle sangrar por la nariz, aunque a Dees no le importó, ya no le importaba nada, y cuando los sollozos volvieron a surgir de su pecho cerró los ojos y aún seguía viendo la orina sangrienta del Aviador Nocturno estrellándose contra la porcelana curvada, haciéndose visible y deslizándose hacia el desagüe.

Pensó que jamás lo olvidaría.

1 *En alemán, 'ama de casa'. (N. del T)*

2 *Lugar imaginario en el que transcurre la novela de King La hora del vampiro. (N. del T)*

3 *En inglés,'sebo'. (N. del T)*